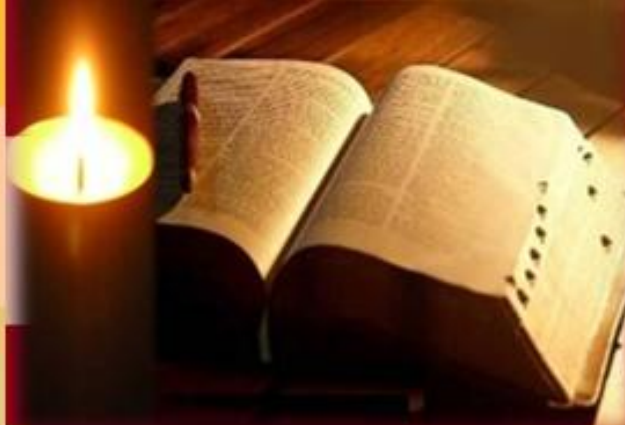


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 5º



Pascua

Ciclo C

Carlos Pabón Cárdenas, C.M.



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI





El don del amor fraterno

AMBIENTACIÓN

Nos reunimos un Domingo más para celebrar la Eucaristía y escuchar la Palabra de Dios. El tema de este quinto Domingo de Pascua es el **amor fraterno**, el «**mandamiento nuevo**» dejado por Jesús en su testamento. Un mandamiento que es **nuevo** porque Jesús lo ofreció como base de su Evangelio, y que *sigue siendo nuevo* después de 20 siglos porque lo podemos **estrenar cada día**.

Este Domingo pertenece ya a la segunda parte de la cincuentena pascual. Hemos celebrado las cuatro primeras semanas, fuertemente marcadas por el misterio de la presencia del Señor resucitado en su Iglesia; **los acentos de los textos bíblicos y litúrgicos se orientan ahora en un sentido más eclesiológico**: el «Presente» es también el «Ausente», el que **está presente** por el Espíritu que nos ha dado, el que **urge el testimonio de sus fieles...**

1. PREPARACION: INVOQUEMOS AL ESPÍRITU SANTO

Espíritu Santo,
ven y ayúdanos a entender el misterio de la Iglesia,
comunidad de amor.

Haz que comprendamos que el Señor Jesús,
darnos el mandamiento nuevo
como constitutivo de la Iglesia,
nos indica que es el primero en la jerarquía de valores.

Cuando Él estaba a punto de despedirse de sus discípulos,
ha querido ofrecer el memorial del mandamiento nuevo,
el nuevo estatuto de la comunidad cristiana.
Harnos dóciles para acercarnos y escuchar
la Palabra de vida..
Amén.

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Hch. 14, 21b-27: «*Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho por medio de ellos*».

La obra salvadora de Jesús no puede terminar con el final de su vida terrena. Es necesario llevarla a todo el mundo a lo largo de la historia. Pasado el drama de la muerte y la resurrección los discípulos lo entendieron bien. Pablo y Bernabé se lanzaron a la aventura de la evangelización en el mundo no judío, entre los que llamaban «paganos».

Esos pueblos no conocían al Dios de la revelación, al único Dios verdadero que lleva su designio de amor por el hombre de todas las razas y lugares. Caminantes infatigables,





enfrentando toda clase de peligros, sin más recursos que la Palabra divina que llevaban como enviados hicieron la primera misión de la historia.

La narración de la última etapa del primer viaje de misión es espléndida: los misioneros no son unos solitarios, una especie de aventureros; la comunidad que los había enviado «*con la gracia de Dios*» se interesa por su trabajo. Son valientes discípulos de la primera hora. Incansables, recorren las vías romanas que el imperio había construido para el comercio y la guerra, y que ellos usan para el evangelio. Por ellas avanzan ahora los anunciadores de la paz, del mundo nuevo que se ha abierto con Cristo. Van encontrando obstáculos, persecuciones, oídos sordos, pero también corazones abiertos y comprometidos. Trabajarán incansables hasta entregar sus vidas en el martirio.

Llenos de fe, de amor ardiente, de gozo en el corazón anunciaban a Jesucristo, camino, verdad y vida de la humanidad. Su mensaje fue rechazado por unos, pero acogido con entusiasmo por otros. Surgen así las primeras formas elementales de la organización de la Comunidad naciente. En cada Iglesia designaban presbíteros. Hombres escogidos que convocaban, servían, sostenían la comunidad. Esto evolucionará con el tiempo hacia las formas de servidores de las Comunidades que luego serán los obispos y los presbíteros, consagrados por la imposición de manos. Los ejercicios iniciales eran simples: *oraban, ayunaban y los encomendaban al Señor a quien habían creído*. Jesús está presente en la Comunidad en forma nueva.

Esas comunidades nuevas son *orantes*. Entre Dios y el hombre, personal y comunitariamente, se debe dar ese encuentro que se llama *oración*. Es imprescindible en la práctica de la fe. Sin ella nunca habrá verdadera Iglesia de Jesucristo. El *ayuno* es la práctica purificante de la vida. Entrar en un combate contra todo aquello que en nosotros y en la comunidad se opone al proyecto de Dios. De todo ello hay que ayunar. Los apóstoles se van porque es preciso seguir sembrando a lo largo del mundo. Pero quedan los fieles, los bautizados, los que en ausencia de los apóstoles, juntos y unánimes, deben ir dando realidad en sus vidas al proyecto de Dios.

El viaje misionero termina en la Iglesia que los había enviado en nombre del Señor, la ciudad de Antioquía. Se reunieron los discípulos y les contaron el fruto de la misión. La expresión es bien dicente: «**Lo que Dios había hecho por medio de ellos**». Pablo y Bernabé sienten que son sólo instrumentos de toda una acción salvadora del mundo; incluso conocieron la debilidad de la condición humana. San Pablo dirá un día que precisamente el poder de Dios es posible cuando encuentra un corazón dispuesto.

Su tiempo pasó y los Pablos y Bernabés de siempre, los que Dios quiere infatigables en la Iglesia, somos nosotros, los cristianos de hoy. Y los recién convertidos no viven abandonados a su suerte, sino que reciben pastores para que cuiden de la Comunidad, como lo han hecho inicialmente los Apóstoles. ¡La Iglesia está viva!

Sal. 145(144): «Bendeciré tu Nombre por siempre jamás, Dios mío, mi Rey»

Este salmo celebra la **suprema realeza** de Dios: universal y perpetua; pero el rostro real de Dios dibujado por el salmo se parece más a la de un **padre amoroso** que al de un emperador. El salmista, con una enorme frescura de sentimientos, redice aquí lo que otros ya





han dicho, especialmente de la *ternura* de Dios. «*El salmista nos habla de esa cualidad del corazón de Dios no sólo con abundancia sino con una nota de dulce y exquisita sensibilidad*» (G. Brillet). San Agustín encuentra este salmo tan bello, tan rico de doctrina, y tan apto para mover la devoción de los fieles, que llega a afirmar que «*Dios se ha alabado él primero por la boca del salmista para dar a los hombres un modelo a seguir en las alabanzas*».

Ap. 21, 1-5a: «Ya no habrá llanto, ni duelo ni sufrimiento»

Y todo tiene un final digno de Dios. Ese camino que Dios nos ofrece y señala debe tener un punto triunfal al término del recorrido. En esa perspectiva podemos leer el texto del Apocalipsis proclamado en la liturgia: «*Vi un cielo nuevo y una tierra nueva*». Cuando se habla de «*cielo nuevo y tierra nueva*», se alude a una **nueva vida** para el hombre. No lo tomemos literalmente. Pascua nos trae el mundo nuevo, el que siempre ha soñado la humanidad, pero un mundo que está todavía por construir. La lectura del libro del Apocalipsis nos revela ese mundo nuevo con lenguaje que es preciso penetrar y comprender.

Ese mundo nuevo que Dios nos ofrece es Él mismo, su amor perpetuo. No habrá nada que cause temor. A lo largo de la Biblia resuena una frase lapidaria: «*Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios*». Al fin del Apocalipsis aparece que *ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos*. Se han superado las barreras del tiempo y el espacio. Todo es nuevo y diferente. Es el punto final del proyecto divino.

De esta manera, el mensaje del Apocalipsis nos presenta un panorama alentador. San Juan ve en el «cielo nuevo» y en la «nueva tierra», a la **Iglesia triunfante**. Ese triunfo comienza en la tierra. Dios convive con nosotros y espera el fin de nuestra noche en la tierra para llenarnos de alegría. Si participamos, si sentimos y vivimos con la Iglesia aquí, gozaremos en el cielo.

Es cierto que el camino del Reino está sembrado de dificultades y que la puerta es estrecha, pero cuando se cruza esa puerta, se entra en un paisaje maravilloso; en un mundo transformado, prometedor y alegre; en un mundo nuevo «*donde no habrá llanto, ni duelo, ni sufrimiento*».

Hasta el pasado Domingo, los fragmentos del Apocalipsis se referían a la **gloria de Cristo, Cordero glorioso, aunque como degollado**. Hoy el fragmento corresponde a la última parte de las visiones y se refiere a la **gloria de la Iglesia**.

Las imágenes son importantes: la **Iglesia** es el **Nuevo Pueblo de Dios**, que tiene en Él su origen («*baja del cielo*»), y -como decían los profetas de Israel- es como **una novia para el Señor**.

Jerusalén es la Ciudad donde Dios quiso habitar en medio de Israel; pero **la Iglesia es la Nueva Jerusalén, porque en la Iglesia está siempre presente el Señor, ya ahora, anunciando la presencia definitiva de la consumación celestial. Todo esto -¡la novedad!- es obra de Dios.**





Jn. 13, 31-33^a.34-35: «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN JUAN

R/. Gloria a Ti, Señor.

³¹ Cuando salió [*Judas*], dijo Jesús: «Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él.

³² Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo y lo glorificará pronto».

^{33a} « **Hijos míos**, me queda poco tiempo de estar con **ustedes**.

³⁴ Les doy un **mandamiento nuevo**: que se amen los unos a los otros. Que, como yo los he amado, así se amen también ustedes.

³⁵ Todos conocerán que son discípulos míos en una cosa: en que se tienen amor los unos a los otros.

Palabra del Señor.

R/. Gloria a Tí, Señor Jesús.

Re-leamos el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Jn. 13,1 - 20,31: «Libro de la Hora»

La segunda sección del evangelio de Juan, el «*Libro de la Hora*» comprende tres partes:

- a) **Jn. 13,1-17,26:** La última Cena, con el discurso de despedida de Jesús y la oración por los suyos;
- b) **Jn. 18,1- 19,42:** el relato de su Pasión y
- c) **Jn. 20,1-31:** relatos de la Resurrección.

En la Liturgia del Tiempo Pascual, con este Domingo 5°, entramos en la segunda parte de la cincuentena pascual -la semana cuarta ha sido la central- que se distingue por la lectura, en los evangelios dominicales y feriales, de las *palabras de despedida* de Jesús a sus discípulos. El texto que constituye el evangelio de hoy es el principio de estas palabras y marca a todo el conjunto: *el mandamiento nuevo*.

Nuestro pasaje concluye el capítulo 13 y da inicio a la **despedida** de Jesús de sus discípulos.





b) Comentario:

Despedida de Jesús

vv. 31-32:

«*Cuando salió*»... ¿De quién se trata? Recordemos el v. 30 para saber que se trata de Judas. Al abandonar Judas Iscariote la cena de despedida de Jesús, dice san Juan: **Era de noche**. Oscuridad no solo en el ambiente sino en el corazón. De ese proyecto divino del **mundo nuevo** nos habla el evangelio que se nos ha proclamado. En el encuentro de despedida de sus discípulos, Jesús anuncia en vísperas de morir que hay un mundo que pasa y queda atrás: *Cuando salió Judas del cenáculo*. Entra en la oscuridad del que no ha aceptado el camino de Jesús, el de la cruz que lleva a la gloria.

Pero en ese momento Jesús dice: **Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él**. Jesús anuncia a sus discípulos entonces el mundo nuevo: tiene una raíz, su **glorificación**. Con esa palabra entiende el dar cumplimiento a la misión: «**ser glorificado**» para él es ser **exaltado en la cruz** para que el mundo se salve. La *gloria de Dios*, su poder puesto al servicio del hombre. Así Dios **se glorifica**.

Antes de las **palabras de despedida** de Jesús, que comienzan en **Jn. 13,31-35**, el evangelista mencionó la entrada en la oscuridad de la noche. En Juan la **noche** representa el **peligro** por antonomasia, es el momento en el que el enemigo urde los hilos de la venganza hacia nosotros, expresa el momento de la **desesperación**, de la **confusión**, del **desorden** moral e intelectual, del **miedo**... En **Jn. 20,1** la anotación «*cuando todavía era de noche*» indica las tinieblas producidas por la ausencia de Jesús: **Cristo luz** no está en el sepulcro; por ello reina la oscuridad

Ya entendemos por qué los «**discursos de despedida**» se sitúan en este contexto. Casi podemos indicar que el color de fondo de estos discursos es la **separación**, la **muerte** o el **irse** de Jesús que dará lugar a una sensación de vacío o de amarga soledad. En el **hoy de la iglesia y de la humanidad** podría significar que cuando cerramos a Jesús las puertas de nuestra vida, de nuestra cultura, de nuestra familia despunta en nosotros la experiencia de la **angustia** y del **sufrimiento**.

La «hora» de Jesús

- «**Ahora**» (v.31) es la primera palabra que emplea Jesús en su despedida: «**Ahora el Hijo del Hombre ha sido glorificado**». ¿De qué «**hora**» se trata? Es el **momento de la cruz** que coincide con la «**glorificación**». Este último término en el Evangelio de Juan coincide con la **manifestación**, o **revelación**. Por consiguiente la **cruz de Jesús** es la «**hora**» de la máxima **epifanía** o **manifestación** de la verdad. Hay que excluir todo significado sobre el ser glorificado que pueda hacer pensar a algo relativo al «honor», al «triumfalismo», etc.





Mientras **Judas** entra a la **noche**, **Jesús** se prepara a la **gloria**: «Cuando salió, dice Jesús: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo y le glorificará pronto"» (v.31-32).

La hora de la muerte en cruz está en el *Plan de Dios*; es la «hora» en la que sobre el mundo, mediante la gloria del «Hijo del hombre», resplandecerá la gloria del Padre. En Jesús, que ofrece la vida al Padre en la «hora» de la cruz, Dios se glorifica revelando su ser divino y acogiendo en su comunión a todos los hombres.

La gloria de Jesús (del Hijo) consiste en su «*amor hasta el extremo*» (Jn. 13,1b) por todos los hombres, tanto que se ofrece hasta a los que lo traicionan. Un amor, el amor del Hijo, que se hace cargo de todas las situaciones destructoras y dramáticas que gravitan alrededor de la vida y de la historia de los hombres. La *traición de Judas* es el símbolo, no tanto de un individuo, como de *toda la humanidad malvada e infiel a la voluntad de Dios*.

Jesús se adentra en su pasión, muerte y resurrección. La palabra *glorificación* fue una manera inicial de designar todo el misterio de la pasión, la muerte y la resurrección del Señor. Para los enemigos de Jesús la muerte del Mesías era su derrota. Para Dios en cambio es un triunfo definitivo sobre el mal. Estamos ante un lenguaje teológico que interpreta en su profundo sentido el final desconcertante del que se presentaba como el «*Enviado del Padre*».

El mandamiento nuevo: vv. 33-35

v. 33: Notamos un cambio en el discurso de despedida de Jesús: no se usa más la tercera persona, sino que se dirige en *segunda persona* («**ustedes**») a sus discípulos y con un término griego que expresa profunda ternura: «*hijitos*» (τεκνία = *teknía*). Más concretamente: Jesús utilizando este término quiere comunicar a sus discípulos, con el *tono de su voz* y con la *apertura de su corazón*, la *inmensa ternura* que les tiene, su *misericordia*.

v. 34:

Jesús va a dejar a sus discípulos su testamento, que ellos deberán custodiar fielmente, porque es su patrimonio invaluable. En estos discursos Jesús deja una síntesis de toda sus enseñanzas y de sus obras, para que los discípulos sigan siempre por el camino trazado por su Maestro.

El que muere deja en herencia lo mejor que posee. Jesús deja a sus discípulos un *mandamiento nuevo*: que se amen unos a otros como él los ha amado. Tiene un mandato nuevo, no conocido hasta ahora como es todo lo realmente nuevo: *el amor*. Ha existido desde que el hombre aparece en la tierra pero ahora tiene una fuente nueva: Dios mismo; un fin nuevo: hacer hijos amados de Dios; un contenido nuevo: construir en el amor, en la entrega, en el servicio, como lo hizo Cristo, hasta la muerte, el mundo que Dios quiere. Ese amor es nuevo, es desconocido hasta entonces.





Esa consigna resume su misión salvadora. El ha venido a restablecer la comunión entre Dios y su criatura privilegiada, el hombre, en la realidad de un amor generoso. En Dios el amor no es distinto de lo que él es. Al pedir ese amor mutuo está quedándose él mismo en lo más entrañable del corazón del discípulo. El ama a todos en el corazón de cada uno de los suyos.

Es interesante, además, otra indicación que encontramos en este versículo: «*que se amen unos a otros «como» (καθως) yo los he amado»*. El término griego καθως («*kathòs*»), no indica de por sí una comparación: «*como*» yo los he amado, ámense. El sentido podría ser consecutivo o **causal**: «*Ya que (porque) yo los he amado, así ámense también ustedes*».

v. 35:

A partir de esa experiencia profundamente humana y divina el creyente en su misión debe interpretar todo el acontecer de su vida. Ella le ha sido dada para hacer visible el amor que Dios le ha tenido y que debe vivirse entre los hermanos en la fe. Ese mandato llega a ser tan esencial en la vida de la Comunidad cristiana que es ante el mundo entero la **carta de identificación**: Es la señal que los da a reconocer. La señal de un amor que no se puede confundir con tantas manifestaciones de amor posesivas y egoístas. Este es un amor al estilo de Dios, y por causa de Dios. Y todo eso ha sido posible por la muerte y la resurrección gloriosa del Señor Jesús.

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE la Palabra?

El misterio de la Iglesia

De diferentes maneras, las lecturas de hoy coinciden en mostrarnos el misterio de la Iglesia. En todas ellas se subraya que la realidad profunda de la Iglesia se encuentra en su condición de *obra de Dios* y de *mediadora de la obra de Dios*, convocada por Dios alrededor de la Pascua y *convocadora* de la humanidad por el anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos, *evangelizada* y *evangelizadora*, Comunidad de *discípulos-misioneros*.

La imagen más plena de este misterio se encuentra, sin duda, en la segunda lectura: la Iglesia como la nueva Jerusalén, que desciende del cielo. Las características religiosas de la Jerusalén terrena son trasladadas de manera eminente a esta *Nueva Ciudad*: la presencia de Dios, su gratuidad, el encuentro con el pueblo, la superación de todo lo que perturba la paz en el corazón del hombre.

Los santos Padres hablaban, en este sentido, de la Iglesia «*de Trinitate*», es decir, que «*nace de la Trinidad*» (cfr. también VATICANO II: *Constitución sobre la iglesia, LG, n. 6*, donde se explica esta imagen en el contexto de las imágenes del misterio de la Iglesia).





Los presbíteros de las Comunidades son los encargados de continuar el *ministerio apostólico de la Palabra*, para que los fieles vivan en la caridad y sean dóciles a la memoria del Espíritu (1a. lectura y Evangelio).

La comunión pacificante entre Dios y su pueblo se encuentra, ya desde ahora, en la Iglesia, y de un modo más explícito en la *Asamblea Litúrgica*..

Un Mundo Nuevo

El apóstol San Pablo sabe muy bien, porque Cristo lo había anunciado multitud de veces y él lo ha experimentado personalmente, que el camino del Reino está sembrado de dificultades y la «puerta es estrecha», aunque nunca está cerrada.

También sabemos que, con decisión personal y esperanza en Dios, lo vamos recorriendo, animados y apoyados por la Comunidad de creyentes, por la Iglesia. Por eso San Pablo y Bernabé van dejando Comunidades de creyentes en las cuales la fe se va fortaleciendo y la lealtad a Jesucristo alcanza profunda intensidad. Al mismo tiempo dejan *pastores responsables* que se hacen cargo de las Comunidades fundadas; van instituyendo «*presbíteros*» (*ancianos*) que aseguren la fidelidad a la fe recibida. Todo ello lo hacen bajo la luz de la *oración*, de la *plegaria* y del *ayuno comunitario*.

El mundo del sufrimiento y lucha deja lugar al mundo de la *felicidad*, del *descanso* y de la *paz*. Es lo que el apóstol San Juan nos dice en el mensaje de su Apocalipsis: *Dios preside el Nuevo Universo*. Por eso no existirá en él ni sombra de tristeza. Ese es el motivo por el que, como decía San Pablo, *merece la pena esforzarse mucho para poseerlo*. No podemos pensar que la realidad ofrecida en esta lectura es una realidad sólo prometida «*para el otro mundo*», para «*el más allá*», sino ofrecida *ya* como un don que se ha de cultivar hasta llegar a la plenitud en la *consumación final*..

La ley del Amor

En el Evangelio de hoy Jesús resume la *ley del amor* y el *significado del amor* en la vida humana. El amor fraterno es su «*nuevo mandamiento*», no porque es totalmente novedoso (otras religiones y gente sabia han ensalzado la caridad), sino porque por la resurrección de Jesús *el amor es dado como don* que puede arraigar en nuestro corazón. Sin Cristo la caridad queda como un deseo siempre frustrado.

Es igualmente un «*nuevo mandamiento*» porque la razones para amarse mutuamente fueron también reveladas por Jesús: el Señor está misteriosamente presente en cada persona: «*Lo que hicieron al más pequeño de mis hermanos lo hicieron conmigo*».





En fin, es un «*nuevo mandamiento*» porque estamos llamados a amarnos como Jesús nos amó, sin discriminación, sin límite, dispuestos a entregar nuestras vidas por los demás si es necesario. Y, sobre todo, «*porque*» Jesús nos amó.

Por último: *la caridad fraterna es el testimonio cristiano más importante*; es el *signo privilegiado* de cómo los cristianos y la Iglesia van a ser reconocidos como discípulos de Cristo y como la Iglesia de Dios.

El Evangelio de Jesús se abre camino, aun en medio de dificultades y obstáculos, porque es *el Evangelio del amor y de la paz*. Por eso, los discípulos, al dar cuenta de los resultados de sus viajes apostólicos a la Comunidad que les ha «enviado», están contentos y pueden cantar aquel tradicional salmo: «*los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares*».

El Señor está respondiendo con su ayuda a las promesas realizadas por Jesús: «Vayan por el mundo y yo estaré con ustedes» (cfr. **Mt. 28**, 19-20).

Sin muchos códigos

El amor fraterno debe renovar y mejorar las relaciones humanas en la sociedad, la cultura, la política, la economía, etc.

Hay mucha gente que nos ofrece diversos y variados programas para construir «un mundo nuevo». Las leyes y las normas de conducta que se prometen implantar para conseguirlo, son variadas. Las «Constituciones», los «Códigos», los «Reglamentos», son numerosísimos. Incluso en el pueblo judío, en el ambiente en que se desarrolló Jesús, se ofrecía un código con 613 normas de conducta que habían de cumplirse *para agradar a Dios*.

En el breve Evangelio que leemos hoy, Jesús nos ofrece *un código mucho más breve* que todo eso. Jesús, el Señor, en su testamento, pocas horas antes de morir, no deja normas ni leyes ni pautas o recetas de apostolado, sino que nos ofrece *"un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado"*, como único fundamento de su Evangelio salvador.

El camino para la paz

El que se adentre por el camino de Jesús y se decida a seguir el estilo de su vida, descubrirá que *sólo el amor hace que la vida merezca la pena ser vivida y que sólo desde el verdadero amor es posible experimentar la gran alegría de vivir*.

Si cumplimos esta norma de convivencia que nos ofrece Jesús, estaremos construyendo el mejor de los mundos, que ningún programa político ni social podrá igualar. Estamos viendo cómo nuestro mundo se está volviendo cada día más violento: rompe la fraternidad y siembra el sufrimiento y el dolor por todas partes. También vemos cómo se ofrecen diversas y opuestas soluciones a los problemas de convivencia entre las naciones y entre las regiones y pueblos.





El Evangelio de hoy nos ofrece *la única solución capaz de construir un mundo en paz: «ámense unos a otros como yo os he amado»*. Si nos esforzamos en conseguirlo iremos viendo cómo se va alumbrando un nuevo mundo *«en el que habrá menos llanto, menos luto y más alegría y gozo»* porque *reinará la Paz que solamente Dios puede otorgar*.

Quien sigue el camino del Evangelio vivirá, ya ahora, la realidad del nuevo Reino, acaso con luto y dolor en ocasiones, pero sin perder la paz y el sosiego. Y estará colaborando en la construcción de un nuevo mundo lleno de esperanza y consuelo de Dios. Y, precisamente ese *mandamiento nuevo* será la señal por la que se conocerá a los discípulos suyos. La señal de los cristianos no será una bandera, ni un territorio, ni unas fronteras determinadas; ni siquiera el bautismo, la misa, el credo u otros mandamientos. La señal, por la que conocerán que somos discípulos del Señor, es *el mandamiento nuevo de Jesús*.

Hoy, en nuestra sociedad secularizada, pluralista, materialista, violenta, el *ser cristiano* sigue conociéndose por el cumplimiento del *mandamiento nuevo de Jesús: el amor a todos como él nos ha amado*.

El amor de Jesús lo vemos en **la cruz**: entrega su vida a favor nuestro y muere amando, perdonando, disculpando a los culpables; pero no muere odiando ni matando.

Su «bandera», enarbolada en la cruz es *amar a todos como él nos amó y porque Él nos amó*. Un amor *desinteresado, acogedor, servicial*. Esta es la tarea gozosa del creyente en esta sociedad donde se falsifica tanto el amor.

4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Padre de bondad y misericordia,
Concede a la Iglesia que mantenga el espíritu evangelizador
y abierto de los primeros tiempos cristianos,
para que pueda llevar el Evangelio del Amor
a todos los pueblos y familias
que sufren las consecuencias del odio y del rencor de los hombres
y podamos sentir todos el consuelo
de tu amor, que se refleje entre nosotros en el amor fraterno.

Que nosotros, acercándonos a tu Palabra
para escucharla en el corazón,
practiquemos el mandamiento nuevo de tu Hijo
y así seamos capaces de colaborar en la construcción de un
mundo más justo y más pacífico. Amén.





5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿Qué NOS PIDE HACER la Palabra

Somos nosotros todos los responsables de que esa palabra de salvación y esa obra que realiza la plena vocación del hombre se cumplan. Dios quiere seguir haciéndolo a través de nosotros. Somos los continuadores de la misión de Pablo y Bernabé en el mundo de hoy, en nuestro tiempo, en nuestros lugares. La Iglesia que somos todos nosotros es incesantemente enviada a los destinatarios del amor de Dios. El es incansable en su propósito y nos confía su propia preocupación por la suerte del mundo. Cada cual en su responsabilidad, desde el Papa hasta el más humilde de los fieles, debe sentir como propia la misión de Jesús. Descubramos en esa misión inicial los pasos y las actitudes básicas de toda pastoral. Y sobre todo empecemos por evangelizar nuestro propio corazón y luego el mundo inmediato que nos rodea: la familia, el trabajo, el ambiente en que vivimos. Si Dios nos llama a ir más allá, aceptemos gustosos y decididos lo que El nos pida.

Oremos con un Padre de la Iglesia

«Te amo por ti mismo, te amo por tus dones, te amo por tu amor y te amo de manera que, si un día Agustín fuera Dios y Dios fuera Agustín, quisiera volver a ser lo que soy, Agustín, para hacer de ti el que eres, porque tú sólo eres digno de ser quien eres.

Señor, tu lo ves, mi lengua desvaría, no sé expresarme, pero no desvaría el corazón. Tú ves lo que yo siento y aquello que no sé decirte.

Te amo, Dios mío, y mi corazón es angosto ante tanto amor, mis fuerzas ceden a tanto amor, y mi ser es demasiado pequeño por tanto amor.

Salgo de mi pequeñez y todo en ti me sumerjo, me transformo y me pierdo. Fuente del ser mío, Fuente de todo mi bien: Mi amor y mi Dios».

(S. Agustín: Las Confesiones)

Algunas preguntas para pensar durante la semana:

1. ¿Es el amor fraterno tu preocupación como cristiano?
2. ¿Amamos a nuestros hermanos como amamos a Cristo?
3. ¿Sé reconocer al Señor presente en la persona del hermano, de la hermana?

P. Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

